

AL OTRO LADO DEL ESPEJO BALCÁNICO:
EL CERCO DE LA EUROPA MULTICULTURAL EN
EL SITIO DE LOS SITIOS, DE JUAN GOYTISOLO

DANIEL ARROYO-RODRÍGUEZ
Colorado College

Cuando desaparecen los aviones, las palomas alzan el vuelo,
blancas, blancas, lavan las mejillas del cielo,
con alas libres, y reconquistan la belleza y el reino
del aire y los juegos. Más y más alto vuelan
las palomas, blancas, blancas. Ojalá el cielo
fuera auténtico —me dice un hombre que pasa entre dos bombas.

Mahmud Darwish, *Estado de sitio*

Durante una de sus visitas a los Balcanes en 1992, cuando la que fuera ciudad olímpica de invierno en 1984 se encuentra en pleno estado de asedio, Juan Goytisolo capta con su cámara una pintada en un muro agujereado de la *Voivode Putnika*, rebautizada durante la Guerra de Bosnia (1992-1995) como *Avenida de los Francotiradores*. El mensaje que recoge esta fotografía, incluida en *Cuaderno de Sarajevo*, identifica a esta ciudad con el propio infierno —«Welcome to Hell»— transformando lo que meses antes es tan solo una oración turística —*Welcome to Sarajevo*— en una manifestación desesperada del estado de sitio en el que se encuentra la capital bosnia. El poder evocativo de esta frase, que bien podría ser el título de una película de terror o un graffiti juvenil en cualquier urbe europea o norteamericana, rompe el férreo cerco en el que se encuentra la ciudad. Así, el infierno al que se refiere esta pintada —y que completa la imagen torpemente dibujada de dos tibias y una calavera— no es solo uno de sangre y destrucción, sino que consiste también en la transmuta-

ción de la tragedia en una paz ficticia: en la del transeúnte que pasa ante el muro y que, como indica Slavoj Žižek «takes a walk to his office everyday as usual, but has to quicken his pace at certain crossroads because a Serbian sniper lurks on the nearby hill» (*Metastases* 2). Esta transformación refleja al espectador en el espejo en el que no se quiere mirar: el de una paz simulada que le lleva a cuestionar la seguridad de su existencia diaria y que, de modo similar a lo que ocurre en Sarajevo, se encuentra minada por la exclusión y la indiferencia. De este modo, Goytisolo hace visible el cerco que tiene lugar inadvertidamente dentro del estado de paz que supuestamente distingue a los países europeos de la antigua Yugoslavia y muestra al lector que Bosnia no es una excepción, sino un exponente representativo de las lógicas sociales, culturales y económicas sobre las que se erige el orden capitalista.

Si bien en *Cuaderno de Sarajevo* Goytisolo recurre al ensayo, al periodismo y a la fotografía para denunciar frontalmente el cerco militar de la capital bosnia —el más largo de la historia europea contemporánea—, en *El sitio de los sitios* emplea el discurso literario para trazar una mirada oblicua a este conflicto¹. En esta novela, el autor revela, no la violencia en su manifestación más explícita, sino «los espejismos y trampantojos de una existencia normal» (150). Con objeto de explorar las inseguridades del espectador externo, *El sitio de los sitios* sitúa la normalidad de los sarajevitas en un primer plano, lo que le permite disolver los límites entre el conflicto bosnio y la supuesta paz que impera en occidente. Más aún, Goytisolo neutraliza la barrera psicológica que transforma los balcanes en una excepción dentro del viejo continente, presentando a este último como «an island of fictions within the common warfare» (*Metastases* 3). Así, los sarajevitas que intervienen en esta novela —y en particular, el recepcionista del hotel H.I., un hispanista bosnio amigo del primero y el resto de su comunidad políglota— transforman un espacio de violencia y destrucción en uno de convivencia pacífica similar a cualquier otro punto de Europa, como reflejan sus reuniones sociales: «El vino de la costa corría a discreción: el recepcionista de H.I. asumía los gastos gracias a los marcos y dólares de los turistas humanitarios que, como decía con sorna, «vienen aquí de excursión, a compade-

¹ El asedio de Sarajevo se extiende desde el 5 de abril de 1992 hasta el 29 de febrero de 1996. En este conflicto, las fuerzas nacionalistas serbias y el Ejército Popular Yugoslavo cercan militarmente esta ciudad cuando Bosnia-Herzegovina declara su independencia de Yugoslavia.

cerse de nuestros sufrimientos y fotografiarlos» (140). Esta normalidad resulta desquiciante para el lector pues, de acuerdo con Žižek, el horror no radica en las imágenes agonizantes que siguen a un bombardeo, sino en el hecho de que «in a sense there is no difference: there are no exotic bloodthirsty 'Balkanians' in Sarajevo, just normal citizens like us. The moment we take full notice of this fact, the frontier that separates 'us' from 'them' is exposed in all its arbitrariness, and we are forced to renounce the safe distance of external observers» (*Metastases* 2).

La paz que reconstruyen los sarajevitas niega la imposibilidad de la convivencia entre distintos grupos nacionales y culturales en lo que se conoce como «el Jerusalén chico» (151). Así, la Europa «de epidermis dura y egoísmo pétreo» (*Cuaderno* 47) percibe a la antigua Yugoslavia, no como «la más diversa región europea» —según afirma Arturo Vinuesa (*Conflicto* 14)— sino como un avispero de conflictos culturales y étnicos que, a pesar de su cercanía, nada tiene que ver con el resto de occidente². En contraste con esta última representación, la única imagen propiamente de guerra que se reconstruye en la novela se encuentra en el relato inicial, en el que un observador enigmático (identificado como J.G., las siglas del autor) observa cómo una mujer trata de cruzar la Avenida de los Francotiradores sin saber si va a alcanzar su destino: «Alcanzaría a llegar indemne hasta el fin?, iba a ser aniquilada por un obús o acribillada por una bomba de fragmentación?, eludiría esta vez la saña de los emboscados?» (19)³. Al recurrir a este narrador deficiente en primera persona como punto de focalización, Goytisolo sitúa al lector en la posición de cualquier francotirador que, oculto tras la ventana de un edificio, pueda tener a esta mujer en su punto de mira. En este sen-

² Este aislamiento se refleja, por ejemplo, en la expresión «guerra de los balcanes», o en el neologismo «balcanización» que, además de localizar geográficamente el conflicto, lo delimita. Del mismo modo, y como indica Jose María Villena, «algunos jefes de la UE o mandos militares se referían a los ciudadanos de Bosnia como «los locales o los nativos» e incluso llegaban a evocar los tiempos del congo belga» (*Españoles* 78). Frente a esta interpretación del conflicto, el estado de paz que construyen los sarajevitas elimina la distancia psicológica que los separa de sus espectadores, revelando la falacia de su seguridad y enfrentándolos a «el horror de nuestra existencia diaria!» (162).

³ Se trata de una escena que, como ya discuten Manuel Hierro, Cristina Moreiras Menor o Stuart Davis, evoca la muerte de la madre del autor en Barcelona durante un bombardeo por parte del ejército franquista en la Guerra Civil española. Como indica Davis, «The woman in Sarajevo echoes not only the clothing and bag of Goytisolo's mother, but also through the supposition of the narrator, her task is one of carrying presents for her four children, Juan and his three siblings» (Narrative 525).

tido, la perspectiva del lector se identifica desde las primeras páginas de la novela, no con los sitiados, sino con los sitiadores, lo que reduce su distancia psicológica con respecto al conflicto y cuestiona su neutralidad frente al mismo. Tras una descripción detallada de los movimientos de la mujer, la explosión de un mortero pone fin a la vida del narrador-focalizador y transforma el relato en una narrativa polifónica y fragmentaria que desestabiliza los esquemas del lector: «Bruscamente, todo saltó en mil pedazos» (19). Con este personaje desaparece también la voz única como principio narrativo y, con ella, cualquier posibilidad de omnisciencia.

La muerte del observador (J.G.) apunta hacia la disolución del autor implícito, que queda reducido a una figura desconocida y anónima cuyo cadáver desaparece misteriosamente⁴. La escritura en esta novela no se plantea por tanto como un remedio a la muerte —como sugiere Michel Foucault en «Language to Infinity»— o como un intento de alejarla en un gesto de melancolía anticipada, según afirma Ángel Loureiro en *Ethics of Autobiography* (135), sino que precipita al autor ficticio a este final pero sin llegar a consumarlo⁵. Como indica Bradley Epps, «this inscription dissolves the writer, reduces him to the initials of an unknown and mysterious individual» (*Significant* 275). En cualquier caso, *El sitio de los sitios* no aclara la identidad de J.G., por lo que este personaje supone finalmente una reducción narrativa del autor a su mínima expresión⁶. De hecho, los distintos

⁴ De acuerdo con Stuart Davis, «The biographical details of «J.G.» that we are aware of are suggestive of, but do not entirely match, Goytisolo's. «J.G.» was a prisoner in the Spanish Civil War, which of course Goytisolo was not, but both are marked by homosexuality, and the physical features of the traveller's body that is supposedly that of «J.G.» are again suggestive of a typical description of Goytisolo» (Life 369).

⁵ Según Foucault, «Before the imminence of death, language rushes forth, but it also starts again, tells of itself, discovers the story of the story and the possibility that this interpretation might never end. Headed toward death, language turns back upon itself, it encounters something like a mirror; and to stop this death which would stop it, it possesses but a single power; that of giving birth to its own image in a play of mirrors that has no limits» (Language 54).

⁶ Stanley Black explica la confusión que genera la muerte de J.G. del siguiente modo: «J.G. seems to be Moroccan Ben Abú Al Fadaíl, who shares the name with a medieval saint to whom a historian that works as a receptionist has devoted his life. His poems reproduce word for word the verses of the saint which he had recreated in his thesis. To protect this discovery, and with the help of a hispanist friend, the historian decides to hide the body and change his book of poems with one he has received from a friend in Barcelona who bought it in a second-hand bookshop» (*Juan* 235). Este último libro es *Zona Sotádica*, que el autor incluye como apéndice final de la novela y que lleva a uno de los personajes principales—el comandante español— a suponer que el supuesto cadáver corresponde al de un compatriota.

personajes que intervienen en la novela conjeturan sobre la posible identidad de la víctima, que se debate entre la de un ciudadano español y uno marroquí que simpatiza con la resistencia bosnia y que hereda la bendición —o *silsilá*, de acuerdo con la tradición sufi— del derviche musulmán Ben Sidi Abú Al Fadail⁷.

Al descartar un modelo de representación mimético y lineal de la tragedia, Goytisolo evita su justificación épica y, por consiguiente, su complicidad, como afirma Antonio Monegal, «With discourses which endow wars, and violence with meaning» (Aporias 29). Por el contrario, se trata de un relato donde no hay demostraciones de valor ni muertes heroicas, lo que priva al texto del propósito convencional de una novela de guerra. Esta ruptura de la ilusión mimética resulta, paradójicamente, bastante eficiente, ya que reconoce, según Daniel Pick «The unavoidable roughness of the outcome, the lacunae, the inconsistencies of the execution, the questionable nature of the very enterprise to encompass war in writing» (*War* 10). Más que contar una historia, esta obra cuestiona la relación entre los métodos de representación tradicionales —incluyendo el discurso literario— y la guerra. Así, frente a un desastre como el que ocupa al autor en esta novela, el propósito de la literatura no es transmitir información, sino abordar aquello que Maurice Blanchot denomina como «lo real imposible,» es decir, «That share of disaster wherein every reality, safe and sound, sinks» (*Writing* 38).

Goytisolo plantea precisamente al receptor el reto de resolver estas inconsistencias en una obra en la que, como afirma Inger Enkvist, no hay 'sitio' para que se oriente en el mundo narrativo y saque sus propias conclusiones (Ética 36). De hecho, el lector se enfrenta a una narrativa deficiente que viola toda convención causal, temporal y lógica, y que lo abandona a la deriva en el laberinto textual que construyen los personajes⁸. La función del lector consiste por tanto, no sólo en la decodificación del texto, sino también en orde-

⁷ Manuel Ruiz y Alberto Manuel Ruiz explican el concepto de *silsilá* como «un rito mediante el cual el maestro confirma a su discípulo y le transmite su Baraka, su influjo espiritual, haciendo de él un nuevo eslabón de una cadena (*silsilá*) que se remonta hasta el profeta Mahoma» (*Lector* 45).

⁸ Según indica Goytisolo a Rubén Gallo durante una entrevista publicada bajo el título «El intelectual ante el memoricidio»: «Mi idea fue meter al lector en una situación de asedio, asediarlo para que se encontrara en la misma situación en la que vivían los habitantes de la ciudad. Al comenzar a leer la novela, el lector entra en el texto, y cuando cree que va a encontrar una salida, descubre que en realidad no se trata de una salida, que hay otro círculo narrativo que la rodea. Y cuando quiere forzar este círculo descubre un nuevo círculo exterior que le sigue cercando» (*Intelectual* 33).

nar y establecer una red de relaciones entre sus distintos elementos. Como explica Stanley Black, «The reader's normal narrative footholds are withdrawn. The process of reconstructing the text is a permanent one since there is no ultimate reality, no stable story» (*Juan* 30). Como consecuencia, el receptor se ve inmerso en un proceso de búsqueda epistemológica en el que, mientras más se esfuerza por revestir al conflicto de significado, más confundido se encuentra, ya que se trata de un relato que no genera nuevos conocimientos, que no responde a ninguna cuestión universal y que no produce ningún tipo de redención. No obstante, esta involucración del lector, por un lado, estimula la conciencia crítica del proceso narrativo, mientras que, por otro, interrumpe su estado de reposo moral, lo que permite al autor establecer un vínculo sólido entre literatura y compromiso social⁹.

La Guerra de los Balcanes suscita imágenes atávicas de odio y violencia que se dan erróneamente por superadas en una Europa capitalista y multicultural cuyos límites con la antigua Yugoslavia se demarcan generalmente con demasiada claridad. Así, estas imágenes rearticulan una historia circular y transnacional que se organiza en base, no al progreso, sino a las crisis que genera y que, con variables contextuales, se repite desde el siglo XVI hasta finales del XX «como un inacabable y cansino bolero de Ravel» (*Cuaderno* 86). De este modo, Goytisolo transforma una guerra nicho en una guerra trans-histórica, como sugiere el hispanista bosnio¹⁰:

La experiencia nos ha enseñado que ningún progreso de la civilización es durable, que el exclusivismo e intolerancia la minan por dentro, que pogromos y limpiezas étnicas se repiten. Formas de convivencia, bienser y espiritualidad de apariencia sólida pueden desplomarse de súbito. Así ocurrió en Sefarad para mayor gloria de sus Majestades Católicas; así sucede hoy en este martirizado y agonizante Jerusalén chico. (151)

⁹ Alison Ribeiro define esta estrategia como «emotive literary terrorism» (citado en *Narrative Battles* 528), una descripción que, como indica Davis «is apt enough when considering the intimidation felt by the reader confronted with the problem of making sense of the web of texts and narrators, while provoked to reflect upon the horrors of wars present in everyone's cultural memory» (*Narrative Battles* 528).

¹⁰ Como indica Moreiras, esta novela «se asienta bajo la premisa benjaminiana de pensar no el progreso, no la linealidad de la historia, sino los destrozos que la estela del progreso, o de la historia, van acumulando a su pie. Desenmarañarlos, desenterrarlos y traerlos a la superficie de un solo nivel, constituye la única posibilidad de que el Ángel de la Historia continúe su vuelo hacia el futuro» (*Cultura* 125).

El propósito de este contradiscurso no es exponer los hechos brutos de la historia, sino aquellas perspectivas marginales o minoritarias que sucumben ante la lógica dominante: la de los inmigrantes, desplazados y las de aquéllos que atentan contra la uniformidad política y cultural sobre la que se erige el orden capitalista. Desde esta perspectiva, Goytisolo niega la excepcionalidad del sitio de Sarajevo en un plano tanto sincrónico como diacrónico, situando este conflicto en un presente atemporal que —al igual que ocurre durante la Reconquista de los Reyes Católicos, la Guerra Civil española o la Segunda Guerra Mundial— vuelve a poner de manifiesto la lógica excluyente de la historia. Como indica Goytisolo en relación al bombardeo del Instituto de Estudios Orientales de Sarajevo: «Casi cinco siglos después de la quema de manuscritos árabicos en la granadina Puerta de Bibarrambra decretada por el Cardenal Cisneros, el episodio se repitió en mayor escala durante las conmemoraciones del Quinto Centenario» (*Cuaderno* 56). El conflicto bosnio subraya por tanto aquéllo que debe permanecer oculto en la sintaxis de la historia y del discurso mediático rompiendo «el cerco de ocultaciones y mentiras de la Historia oficial» (102), es decir, de una narrativa lineal y transparente que se revela como «puro celestinaje, tráfico y manipulación» (102).

En el caso de España, esta nueva crisis amenaza con generar memorias y reflexiones que actúen como cortapisas a su inminente y definitivo proceso de europeización. Así, el autor compara el sitio de Sarajevo con el de la ciudad universitaria de Madrid durante la guerra española y al ejército yugoslavo con:

los espadones alzados en nuestro país en el 36 para salvarlo de la «conjura judeomasónica» y aplastar sin piedad a quienes no compartían sus planes. Como en la ciudad universitaria, el riachuelo y la Casa de Campo de la Capital, el cerco y bombardeo diario de S. enfrenta dos concepciones radicalmente opuestas de la vida y la sociedad. (173)

No obstante, en lugar de promover una reflexión sobre la dictadura franquista y la Guerra Civil, los discursos político y mediático —que, en base a su difusión e influencia sobre la opinión pública, actúan como discurso oficial— aprovechan esta ocasión para redefinir la imagen exterior de España. A raíz de este conflicto, los medios presentan al mundo un ejército moderno que nada tiene que ver con los valores castrenses que definen a esta institución hasta bien entrada

la democracia¹¹. En este sentido, la reflexión que propone Goytisolo es incompatible con los discursos conmemorativos de 1992, año que, como indica Moreiras, «el gobierno y las instituciones españolas erigieron como el culmen del proyecto de modernización y europeización» (*Cultura* 186). Así, en este año se celebra el Quinto Centenario del Descubrimiento de América a través de eventos de amplia resonancia mediática, como la Exposición Universal de Sevilla, los Juegos Olímpicos de Barcelona y la declaración de Madrid como Capital Cultural Europea. De este modo, y en un ejercicio cínico de desmemoria y de indiferencia histórica, España supera su particularismo y se incorpora, sin críticas ni titubeos, a una Europa que «deja fuera de sus fronteras a países que integran su espacio, historia y legado» (*Bosque* 169).

Ante su proximidad física y psicológica, el discurso oficial en España traza un cordón sanitario que contiene geográfica y conceptualmente el conflicto, de modo que éste no transforme la utopía del pensamiento liberal y único de mercado en una distopía¹². De este modo se privatiza una tragedia que obliga a demasiados análisis en un país que no ha hecho cuentas con su guerra civil y con la dictadura franquista. Por consiguiente, el propósito de los medios, más que comunicar, es «to keep the neighbor in trouble at a proper distance» (*Metastases* 211). De hecho, estos discursos procesan el conflicto como información, pero no promueven una reflexión ética; denuncian pero no intervienen; condenan, pero mantienen una posición diatáctica ante este emblema de la barbarie contemporánea; exponen sus tormentos, pero sin producir una desestabilización empática del lector/espectador¹³. En definitiva, se trata de un discurso que desgasta la desgracia ajena en su consumo informativo, que la confunde con su simulacro y que neutraliza toda posibilidad de movilización.

En *El sitio de los sitios*, los sarajevitas perciben «el doble lenguaje y cinismo» (155) del discurso oficial como una ofensa, como refleja

¹¹ Según opina Villena, «El virus de Bosnia ha afectado profunda y positivamente al Ejército Español. De hecho, en la historia contemporánea de las fuerzas armadas se puede trazar una línea entre el antes y el después de Bosnia» (*Españoles* 60).

¹² De acuerdo con Moreiras, «Nuestra integración en Europa se construye a partir del olvido de nuestra historia, de la misma manera que la construcción de Europa con sus estados soberanos se construye a partir del olvido (la no intervención, la mirada culpable pero pasiva) de Sarajevo» (*Cultura* 170).

¹³ Según Hayden White «Diatactical suggests a transcendental subject or narrative ego which stands above the contending interpretations of reality and arbitrates between them» (*Tropics* 4).

el recepcionista del hotel H.I. cuando se refiere a una reunión que mantiene con un comandante español destinado en Bosnia y un médico del mismo país que el anterior: «Había cenado una vez con el miles gloriosus en compañía de un internista navarro de Médicos sin Fronteras y su referencia discreta a los «belligerantes» y «partes implicadas en el conflicto» para soslayar la mención a sitiadores y sitiados, asesinos y víctimas, me sacó de mis casillas» (128). Este discurso promueve una interpretación primordialista de los Balcanes que respalda la pasividad de la comunidad internacional pues, como indica Adam Roberts, «Calling the conflict in former Yugoslavia a case of 'ancient ethnic hatred' and 'civil war' has often been code language for recommending a policy of partial or total non-intervention» (Communal 177)¹⁴. De hecho, la reacción a las noticias que comienzan a llegar de los Balcanes en la primavera de 1992 se reduce a la indignación sin praxis, al falso suspiro de los «eurócratas de corazón seco y afilada sonrisa» (*Bosque* 298) que, bajo la espúrea consigna de la neutralidad, asisten impasibles a la destrucción de la República Yugoslava. Asimismo, esta actitud se extiende a una opinión pública que «vegeta en una especie de estupor resignado» (*Cuaderno* 98), como reflejan ciudadanos y turistas que, «a menos de una hora de vuelo de Viena o Roma» (*Diálogo* 12) —como indica Goytisolo en sus *Conversaciones con Günter Grass*— viven ajenos a la tragedia:

Tumbados en la playa o al borde de las piscinas de los hoteles de tres o cuatro estrellas, ¿pueden ignorar lo que ocurre a cien kilómetros de distancia? ¿Consagran al menos un pensamiento fugitivo a esa diáspora de centenares de miles de personas sin rumbo, bombardeadas por sus ex-conciudadanos y privados cruelmente de toda salida o refugio? (*Cuaderno* 16-7)

Paradójicamente, la neutralidad del discurso oficial y la indiferencia de la opinión pública toman parte en el conflicto, ya que sancionan el desequilibrio de fuerzas entre los ultranacionalistas serbios —también conocidos como *Chetniks*— y la población bosnia¹⁵. Como

¹⁴ La interpretación primordialista del conflicto alude a un supuesto odio histórico entre los distintos grupos nacionales y religiosos de los Balcanes. Como afirma Ljubisic, esta aproximación se opone al constructivismo que, siguiendo la propuesta de Benedict Anderson en *Imagined Communities*, considera toda nación como una comunidad imaginaria liderada por élites nacionalistas (*Politics* xiv). El constructivismo considera que la desintegración de Yugoslavia se debe a un fracaso en la construcción imaginaria de este estado multinacional que, como consecuencia, se percibe como artificial y, por consiguiente, ilegítimo.

¹⁵ Como indica el comandante español: «La política de no intervención —el embargo de armas a las «partes implicadas en el conflicto»— constituye el ejemplo más brutal

indica el comandante español, una de las principales voces narrativas de la novela: «Nuestro papel de observadores de la Fuerza Internacional de Interposición no es útil a la causa de las víctimas sino que defiende un status quo favorable a los agresores: a ese ejército de oficiales felones que en abril de 1992 volvió sus armas contra el pueblo que había jurado defender» (173). Occidente abandona así al pueblo que mejor encarna los valores pluriétnicos y multiculturales que supuestamente promueve, limitándose a una ayuda humanitaria que es en todo momento insuficiente¹⁶.

Como contrapunto a esta apatía, Goytisolo apunta hacia la naturaleza económica y social del conflicto, estableciendo un paralelismo entre los sarajevitas y aquellos individuos a los que las lógicas del capitalismo mantienen en un estado de sitio permanente. Esta aproximación permite al autor evitar todo falso equilibrio entre perspectivas a la hora de interpretar el conflicto. Así, en la base de esta crisis se encuentran, por un lado, la depresión económica y el desempleo que generan la transformación capitalista de la antigua federación yugoslava; por otro, las brechas que abre este proceso entre grupos nacionales que, hasta entonces —y con excepción de la Segunda Guerra Mundial— cohabitan pacíficamente en esta región¹⁷. Esta

de intervención desde que los gobiernos de Londres y París contribuyeron decisivamente a la asfixia y derrota de nuestra República. En los dos casos, dicha abstención farisaica —quien asiste a un estrangulamiento como el de S. sin intentar impedirlo, no incurre acaso en el delito tipificado de complicidad?— ha actuado contra quienes defienden las instituciones legales y democráticas y a favor de unos golpistas o esta taifa de matones, abanderados de la purificación racial» (174).

¹⁶ «La solidaridad con los bosnios defensores de un Estado de ciudadanos multinacional, multirreligioso y multicultural exterminados o asediados por quienes pretenden reemplazar los valores de la cultura e historia con nociones primitivas y tribales como tierra, linaje y sangre, se manifiestan tan sólo en el campo de la ayuda humanitaria. La compasión ha revelado el compromiso con unos principios en los que [...] Occidente ha dejado de creer y utiliza únicamente, conforme a su conveniencia, como figuras retóricas» (*Bosque* 318).

¹⁷ En relación a la naturaleza económica del conflicto, en su estudio *The Globalization of Poverty*, Michel Chossudovsky afirma que «The economic and social causes of the civil war have been carefully concealed. The strategic interests of Germany and the US are not mentioned, the deep-seated economic crisis which preceded the civil war has long been forgotten. In the eyes of the global media, western powers bear no responsibility for the impoverishment and destruction of twenty-four million people. Yet the break up of the Yugoslav Federation bears a direct relationship to the program of macro-economic restructuring imposed on the Belgrade government by its external creditors. This programme, adopted in several stages since 1980, contributed to triggering the collapse of the national economy, leading to the disintegration of the industrial sector and the piecemeal of dismantling of the welfare state. Secessionist tendencies feeding on social and ethnic divisions gained impetus precisely during a period of brutal impoverishment of the Yugoslav population» (*Globalization* 244).

interpretación remarca, no sólo la ineptitud de la comunidad internacional y de las Naciones Unidas a la hora de prevenir el conflicto, sino también su responsabilidad directa. Más aún, la actitud de las principales potencias europeas muestra que es perfectamente posible que una nueva guerra en este espacio aparentemente pacífico encuentre pasividad e incompetencia como respuesta. El autor inscribe así la tragedia de Yugoslavia en un contexto político, económico y social que supera toda delimitación geográfica, y que difumina las demarcaciones entre la Europa capitalista y «este país dejado de la mano de Dios» (22).

Con objeto de cuestionar la excepcionalidad del sitio de Sarajevo, Goytisolo rearticula en su novela un estado de sitio similar al de la ciudad bosnia en el distrito parisino de *Le Sentier*. El autor elige esta zona de París por su particularidad dentro del conjunto urbano y social en el que se integra, ya que muestra una faceta de la ciudad que difiere de la de «los monumentos grandiosos y barrios serenos para turistas, jubilados y viudas de guerra» (*Bosque* 189). Por el contrario, en este barrio resalta, al igual que en Sarajevo, «la convivencia seminal de culturas y étnias» (*Bosque* 189), en un ambiente que, debido precisamente a su multiculturalidad, se encuentra «constantemente amenazado por el chovinismo eurocentrista excluyente» (*Bosque* 189). No obstante, si en el caso de la ciudad bosnia el discurso se deriva de la realidad, en el barrio francés ocurre lo opuesto, como si se tratase de dos caras de una misma moneda. El cruce de perspectivas entre ambos asedios permite al lector establecer una conexión lógica entre este último y el primero, ya que expone los principios de exclusión que imperan, no sólo en los Balcanes, sino también en «la patria de los derechos humanos» (64)¹⁸. *Le Sentier* se presenta así como una manifestación de las tensiones que, en un gesto de miopía cultural y social, el resto de Europa proyecta sobre la antigua federación socialista pues, según Žižek, «Far from being the other of Europe, ex-Yugoslavia was, rather Europe itself in its otherness, the screen on to which Europe projected its own repressed reverse» (*Metastases* 212).

¹⁸ Como indica Moreiras, «El otro del tercer mundo, convertido en parte de lo propio y habitante del mismo espacio, se transforma en una presencia siniestra que borra la frontera, cuidadosamente erigida, entre lo familiar y lo extranjero. De ahí la necesidad, por un lado de destruirlo —dejarlo sin historia y sin huellas de su presencia— y, por otro, de no intervenir activamente en tal destrucción, en la medida en que su presencia también resulta amenazante para la totalidad del territorio supranacional que es Europa» (*Cultura* 171).

De forma similar a los sarajevitas, la comunidad marginal de *Le Sentier* se presenta como una víctima del asedio cultural y social permanente al que los somete un sistema capitalista en el que la diversidad no genera riqueza cultural, sino miedo y rechazo. En esta novela, no obstante, estos sujetos marginales exponen con una clarividencia inusitada los mecanismos que determinan su exclusión cuando un personaje, inicialmente anónimo, reacciona al control permanente de los puntos de seguridad y a la mirada oblicua de los transeúntes con el único gesto que, en su condición de residuo social, tiene disponible: la defecación: «Lleno de furia y luciferino orgullo, apuntaba con un ademán del brazo a sus propios excrementos: sí, estoy cagando ¡Miren bien toda esta mierda! Es mía y bien mía! Nadie puede impedirme cagar ¡Es el único derecho que me queda!» (48). Más que horrorizar a los viandantes, el propósito del defecador es transformar el cerco que aquéllos generan alrededor de sus heces en un espacio político. Así, este espacio hace visible al transgresor y también a aquéllos para los que el sueño capitalista se convierte en una pesadilla, como es el caso de prostitutas, drogadictos, homosexuales, seropositivos, vagabundos y desempleados. Estos detritos de la posmodernidad son, al igual que los sarajevitas, víctimas de un neoliberalismo excluyente, según sugieren los primeros cuando toman una bandera bosnia con las marcas de la tragedia como símbolo de resistencia frente al estado de sitio en el que viven. De este modo, los sarajevitas pasan de ser la excepción a ser un exponente representativo de aquellos individuos que quedan excluidos del estado de bienestar:

Otros drogadictos, con las jeringuillas plantadas aún en las venas, desfilan tras ellos en silenciosa recolección. Siluetas frágiles, casi quebradizas, de víctimas del sida parecen transparentar la luz y sutilizarse. Inmigrados ilegales, parados, indiferentes sin domicilio fijo, se agregan en masa al cortejo con pancartas y consignas reivindicativas. Tullidos y lisiados por experimentos secretos del complejo militar-industrial denuncian el fundamentalismo de la tecnociencia, fugitivos de la purificación étnica cifran los horrores de la tragedia en una ensangrentada bandera bosnia. (82-3)

La transgresión del defecador supone también un atentado contra la estructura dominante, ya que, según Epps, responde al poder fálico del Estado y de la tradición moral con un acto anal (*Significant* 173)¹⁹.

¹⁹ Indica Txetxu Aguado que «si las áreas de mayor represión son aquellas relacionadas con el cuerpo, sus fluidos y excrementos, y con los otros ajenos y excluidos, sus

Más aún, la defecación supone un acto radicalmente anticapitalista ya que, en términos de intercambio simbólico, y de acuerdo con Txetxu Aguado, «la «mierda» individual y personal no tiene un precio de mercado, pertenece a su dueño, el acto de su producción es libre y su finalidad no es la del beneficio, sino la del alivio y satisfacción del cuerpo» (*Tarea* 237). En este sentido, y utilizando la terminología que proponen Gilles Deleuze y Felix Guattari en *A Thousand Plateaus*, la defecación transforma al inmigrante en nómada, mientras que el acto en sí pasa de ser una necesidad biológica a ser un gesto político, entendiendo por este concepto una acción o pensamiento que contiene la posibilidad de desestabilizar el orden establecido o, al menos, de exponer su andamiaje. Así, frente a un sistema excluyente, y según indica un compilador de las analectas de Ben Sidi Abú Al Fadail que interviene en la novela, la defecación constituye una «muestra suprema de la igualdad de las criaturas y su sumisión al orden universal del cosmos» (141). Mientras que como inmigrante el defecador está supeditado a un flujo ordenado de movimiento y a un férreo control social, como nómada produce un cortocircuito en el sistema que provoca la reacción de «la masa atemorizada e incrédula de los programados para la pasividad y aceptación resignada de la ley de la selva» (38)²⁰.

A pesar de su valor político, la defecación y la exposición de las heces no transforman el sistema dominante ni logran articular ninguna propuesta alternativa. De hecho, el discurso del defecador se presenta como una subversión burlesca de la Internacional Comunista, es decir, de una narrativa que, a finales del siglo XX —y según sugiere Goytisolo— no produce ninguna solución o respuesta. Así, la revolución de los excrementos que abandera el defecador implica un irónico regreso a lo mismo: a la supresión de la diferencia en la búsqueda de una identidad absoluta (Epps, *Significant* 90). De este modo, el autor subraya la imposibilidad de estos individuos de superar el asedio en el que habitan, aún cuando se rebelen contra el orden dominante y expongan la estructura opresiva sobre la que éste se sustenta.

representantes encarnados en la figura del defecador y del inmigrante, al acecho del paraíso del «bienestar» europeo, pasan a ser no sólo un locus de resistencia al orden global sino en el mejor de los casos una alternativa política al mismo y en el peor, su destrucción» (*Tarea* 235).

²⁰ Según Epps: «What the nomad embodies is the freedom of unobstructed movement, the freedom of the landless without exile and of the dispossessed without oppression. As such, nomad thought is an active, even bellicose response to the institutions, territories, and codes that constrain desire and restrict reality» (*Significant* 139).

Con objeto de exponer al desnudo la relación de fuerzas que late bajo la Europa multicultural, Goytisolo sobrepone al cerco social que constringe a los sujetos marginales del capitalismo un asedio militar cuyas resonancias con el sitio de Sarajevo son obvias para el lector. Este nuevo asedio sitúa en la posición de víctima a un vecindario parisino de clase media y media-alta cuya genealogía histórica determina su condición privilegiada. En este contexto ficticio, «las viejas familias acomodadas se calientan con la leña de sus muebles de época y venden sus joyas para procurarse alimentos en el mercado negro» (24). Desde la perspectiva de estos sitiados, la ausencia de lógica del cerco radica, no en sus efectos o desarrollo, convencional desde un punto de vista militar, sino en su estatus social y cultural: «¿Qué crimen habían cometido para ser sometidos a un asedio tan bárbaro? ¿Por qué los trataban como negros indocumentados, integristas, sidosos o yonquis?» (69). La irracionalidad de este asedio estriba también en su localización geográfica, como refleja uno de los personajes que resiste al asedio de *Le Sentier*: «Si esto ocurriera en los Balcanes o en el mundo árabe, yo lo comprendería perfectamente, pero, dígame usted, amigo mío, ¿cómo toleran tal salvajada en nuestro propio suelo?» (63). En otras palabras —y al igual que ocurre en Sarajevo— el sinsentido del asedio radica en cuestiones externas al mismo que de ningún modo lo explican y que, desde un enfoque irónico y transversal, revelan la artificialidad de la representación mediática y política del conflicto bosnio.

El desconocimiento de las causas y propósitos del asedio del barrio parisino produce el recrudescimiento del cerco que, de ordinario, se ciñe sobre los inmigrantes y otros marginados. Así, acostumbrados a su condición como sitiadores, la comunidad xenófoba de *Le Sentier* que Goytisolo caricaturiza en esta novela transforma a estos rivales culturales y sociales en enemigos biológicos que han de eliminar para garantizar su supervivencia como colectivo²¹. Como indica el narrador: «A falta de pruebas concretas y argumentos sólidos, las hipótesis y sospechas se centraban en la composición heterogénea —cosmopolita, decía el expolicía— del barrio. Muchos lo pensaban

²¹ Según Foucault, en una guerra biopolítica, «Enemies who have to be done away with are not adversaries in the political sense of the term; they are threats, either external or internal, to the population and for the population. In the biopower system, in other words, killing or the imperative to kill is acceptable only if it results not in a victory over political adversaries, but in the elimination of the biological threat and the improvement of the species or race» (*Society* 256).

así y hablaban muy alto de la necesidad de unas Brigadas de Limpieza Étnica» (71-2). El 'otro' —ya sea inmigrante, desplazado o miembro de una cultura minoritaria— se convierte de este modo en una figura redentiva que, sin ningún tipo de explicación, encarna todos los males de la sociedad: «Los extranjeros residentes en el inmueble no se atrevían ya a asomarse a la escalera por miedo de provocar la ira de los vecinos y ser acusados de la totalidad de sus desdichas y males» (71).

En este entramado, los extranjeros pierden incluso su condición como sujetos jurídicos, mientras que el grupo dominante refuerza su consistencia mediante la restitución de principios biológicos que excluyen toda diferencia. Como indica uno de los vecinos en alusión al Estatuto de Limpieza de Sangre que el Cardenal Siliceo promulga en Toledo en 1449: «En adelante regirá el *ius sanguinis!*, le cortó con sequedad el ex-policía. No hay nacionalidades que valgan! Un negro barbudo con toda la documentación en regla no deja de ser un negro barbudo, me explico o no me explico?» (73)²². El cerco cultural y social que sufren los sujetos marginales se transforma así —y aludiendo a la redundancia del título— en un sitio dentro de otro estado de sitio, es decir, en un asedio biopolítico que se suma al cerco militar que afecta indiferentemente a todos los habitantes de *Le Sentier*. No obstante, y de forma paradójica, el indescifrable lenguaje de las armas consigue aquéllo que la Europa del progreso económico no logra en ningún momento: igualar a todos los individuos en un contexto multicultural, independientemente de su cultura, origen o condición social.

Con el propósito de combatir esta amenaza biológica, los estupefactos vecinos votan a mano alzada sobre la estigmatización de los inmigrantes y de otros grupos marginales mediante la colocación en sus viviendas de señales que denoten su cultura u origen. Esta práctica revive los ideales de normalización social y de higiene racial y étnica que asolan gran parte de Europa durante los años cuarenta²³:

²² Como explica Óscar Iván Useche; «El concepto de Cives romano, donde todos los ciudadanos compartían la protección del Estado, queda completamente desarticulado en una regresión a una etapa casi tribal, donde la pertenencia y el linaje están dados a partir de vínculos estrictamente biológicos, descartándose la posibilidad de la adopción temporal o permanente de elementos foráneos» (Sitio 18).

²³ Según Goytisolo, a finales del siglo XX, «Un tercio de la población alemana afirma que «comprende» las «acciones punitivas» de los grupos extremistas contra los extranjeros. El 65% de los italianos admite su hostilidad a los mismos. En una reciente encuesta, el 37% de los jóvenes españoles se muestran partidarios de la expulsión de los gitanos, el 26% de la de los moros y el 13% de la de los judíos» (*Bosque* 325).

«La brigada de Limpieza Étnica del Distrito hizo estampar diferentes modelos de avisos ornados con una medialuna, la estrella de David y un tótem africano destinados a determinar el origen de los metecos» (73-4). Estas prácticas, más que recordar el pasado, lo articulan, en palabras de Walter Benjamin, «as it flashes up at a moment of danger» (Theses 255). Como indica una víctima de este acto de discriminación cuando descubre una estrella de seis puntas en la puerta de su vivienda: «Eso es peor que la ocupación, [...] Qué van a hacer? Empezar de nuevo sus redadas?» (75). Más aún, y con objeto de facilitar la eliminación de todo individuo marcado por la otredad, los vecinos de *Le Sentier* proporcionan información a los sitiadores que les permita localizar a los primeros y evitar «víctimas inocentes» y «efectos colaterales» (73): «Confeccionaremos ante todo una lista de casas habitadas exclusivamente por metecos y la haremos llegar a los sitiadores, localizadas con toda precisión en el plano, para que las machaquen con sus morteros» (72-3). De este modo, los vecinos reivindican su estatus como sitiadores, recurriendo a la criminalización de la diferencia y promoviendo su eliminación programada por los métodos más brutales.

A pesar de los gestos de connivencia de los vecinos con los sitiadores, el objetivo de los ataques no son los puntos estratégicos que ellos marcan, sino espacios de interacción social que carecen de relevancia, lo que priva de toda lógica a esta intervención militar: «Aquel ataque, sin objetivo militar alguno, les apabulló. El cine se hallaba en el mismísimo bulevar, en la primera línea del frente: no podía atribuirse por tanto a un error de tiro» (77). Más aún, los argumentos raciales y culturales que argumentan los vecinos se desmoronan cuando observan que las víctimas de los ataques son los propios miembros de su grupo social, como manifiesta el ex-policía que lidera a estos inusitados resistentes: «Una familia nativa pereció en su totalidad cuando su casa fue alcanzada por un cañón de grueso calibre. Sus vecinos árabes no sufrieron en cambio daño alguno. Era un error, se trataba a todas luces de un trágico error!» (76). La arbitrariedad de estos ataques reafirma su condición como sitiados y desestructura la lógica sobre la que este colectivo afirma su identidad en este momento de crisis.

Como consecuencia, y ante la imposibilidad de generar nuevos modelos de convivencia, los sitiados estrechan aún más el cerco que trazan en torno a los elementos marginales de la sociedad capitalista europea. En este nuevo nivel de resistencia, el enemigo ya no es

sólo el musulmán o el inmigrante, sino también los homosexuales, seropositivos y aquéllos que atentan contra los principios cristianos sobre los que se erige el mito original de esta comunidad imaginaria. De este modo, Goytisolo expone la contradicción entre la historia lineal y de progreso del capitalismo, y una historia regresiva que entiende el concepto de identidad nacional —y según propone Ernest Renan a finales del siglo XIX— como «a soul, a spiritual principle» (What is 19). La coexistencia de estas perspectivas en la sociedad capitalista europea revela que el desarrollo económico no conlleva necesariamente el avance social o cultural. Así, una de las vecinas interpreta el asedio como una intervención divina para acabar con la degeneración de su entorno inmediato: «Jeringuillas, condones, seropositivos, promiscuos. El cerco era un castigo del cielo» (78). En este sentido, la lógica excluyente de los vecinos no se agota con la estigmatización y eliminación del enemigo cultural o del extranjero, sino que se transforma en una línea suicida que exalta la inmortalidad del colectivo mediante el sacrificio de sus componentes.

De forma inversamente proporcional, esta expansión del concepto de enemigo estrecha aún más un cerco cultural y social que, a modo de contraefecto, aísla a los inquilinos del inmueble parisino. Al situarse dentro del propio grupo dominante, el eje de esta supuesta degeneración exige una limpieza espiritual que permita afirmar una vez más la homogeneidad y la pureza de este colectivo. Por ello, el expolicía, que se erige inicialmente como líder esgrimiendo el *Ius Sanguini*, cede su liderazgo a un acólito de la Misión Evangélica *Salut et Guérison* que, a través de oraciones y de objetos religiosos trata, de nuevo inútilmente, de darle un sentido y una solución al asedio: «El individuo cayó de hinojos para implorar misericordia, imitado poco a poco por los inquilinos aglomerados en la devastada escalera... Un cura, ¡que venga un cura!, gritaba, presa de histeria, la esposa del abogado. Una anciana fue en busca de un relicario y un frasco de agua de Lourdes» (79).

Al igual que la Internacional de los Excrementos que lidera el defecador con anterioridad al asedio militar, la resistencia social, biológica y espiritual de los vecinos de *Le Sentier* no produce ningún resultado. De hecho, Goytisolo suspende la resolución de los conflictos sociales y culturales que plantea la novela, como indica en una observación final en la que retoma su función de autor implícito: «Pero el sitio continua y trescientas mil personas siguen atrapadas en la otrora hermosa ciudad sin ninguna posibilidad de huida ni curación

a la vista» (183). A pesar de sus limitaciones, el autor subraya el poder de la literatura —a la postre fallido— para conjurar el horror de la guerra, de erigir, en palabras de Foucault, un muro vertical ante la muerte y desolación que observa en la capital bosnia (*Language* 59). Así, Goytisolo reemerge al final de la novela para denunciar «el horror e indignación de cuanto vio» (183) y justificar su necesidad de «recurrir a la ficción para huir y curarse de las imágenes que a su vez le asediaban» (183). Si bien como evasión artística resulta insuficiente, esta novela releva el estado de sitio en el que se encuentra una Europa capitalista y multicultural que, como apunta Moreiras, «vive de espaldas a su historia» (*Cultura* 150). En esta revelación radica precisamente el poder de la literatura frente a la guerra, es decir, su capacidad de intervención política pues, según indica Alain Badiou, el propósito de este último concepto consiste, no sólo en la transformación del sistema, sino también en la posibilidad de generar nuevas formas de pensamiento y de hacer visible aquello que el orden dominante excluye de su representación (*Metapolitics* 117).

Como conclusión, más que revelar el horror de Sarajevo mediante imágenes sanguinarias y de sujetos desquiciados, esta novela fuerza al lector a cuestionar el estado de paz desde el que cómodamente evalúa el conflicto, lo interpreta o simplemente lo ignora. De este modo, *El sitio de los sitios* rompe con el cerco epistemológico, político y social que los medios de comunicación, el discurso político y un amplio sector de la opinión pública trazan en el contorno de los Balcanes. Así, a la hora de abordar el drama bosnio, los discursos mediático y político eliminan todo pasado en un gesto memoricida similar al que supone el bombardeo del Instituto de Estudios Orientales de Sarajevo, presentando esta guerra fuera de todo marco histórico y político. Frente a este discurso, Goytisolo inserta este conflicto dentro de una historia circular marcada por la exclusión y la diferencia. Esta aproximación revela la guerra permanente que subyace bajo el orden capitalista y que, de forma invariable, experimentan aquellos individuos marcados por la otredad, ya sean sarajevitas, desempleados o inmigrantes musulmanes en París. De este modo, *El sitio de los sitios* enfrenta al lector en el espejo en el que de ninguna manera quiere verse: en el de la intolerancia y exclusión que —de forma más o menos consciente— él mismo erige frente a la alteridad y que, al igual que ocurre con los vecinos de *Le Sentier*, acaba revirtiéndose contra sí mismo. Sarajevo se presenta así como la pantalla en la que el lector occidental proyecta su propio reverso reprimido, como me-

táfora y metonimia del cerco que, al otro lado del espejo balcánico, acecha a la Europa multicultural.

OBRAS CITADAS

- Aguado, Txetxu. *La tarea política: narrativa y ética en la España posmoderna*. Madrid: El viejo topo, 2004.
- Badiou, Alain. *Metapolitics*. London; New York: Verso, 1998.
- Benjamin, Walter. «Theses on the Philosophy of History.» *Illuminations. Essays and Reflections*. New York: Schocken Books, 1968. 253-264.
- Black, Stanley. *Juan Goytisolo and the Poetics of Contagion: The Evolution of a Radical Aesthetic in the Later Novels*. Liverpool: Liverpool University Press, 2001.
- Blanchot, Maurice. *The Writing of the Disaster*. Lincoln and London: University of Nebraska Press, 1986.
- Chossudovsky, Michel. *The Globalization of Poverty: Impacts of IMF and World Bank Reforms*. London; New Jersey: Zed Books, 1997.
- Davis, Stuart. «Life, Death and the Name: The Case of Juan Goytisolo.» *Forum for Modern Language Studies* 41.4 (2005): 365-374.
- . «Narrative Battles: War and Memory in the Novels of Juan Goytisolo.» *The Bulletin of Hispanic Studies* 86.4 (2009): 521-536.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *A Thousand Plateaus. Capitalism and Schizophrenia*. 11ª ed. Minneapolis; London: University of Minnesota Press, 2005.
- Enkvist, Inger. «Ética, estética y política en Pasajes después de la batalla y El sitio de los sitios, de Juan Goytisolo.» *Un círculo de relectores. Jornadas sobre Juan Goytisolo*. Almería: Instituto de Estudios Almerienses, 1999. 29-52.
- Epps, Bradley. *Significant Violence. Oppression and Resistance in the Narratives of Juan Goytisolo, 1970-1990*. Oxford: Oxford University Press, 1996.
- Foucault, Michel. «Language to Infinity.» *Language, Counter-Memory, Practice: Selected Essays and Interviews*. New York: Cornell University Press, 1980. 53-67.
- . *Society Must Be Defended. Lectures at the Collège de France. 1977-1978*. New York: Picador, 2003.
- Gallo, Rubén. «El intelectual ante el memoricidio. Entrevista a Juan Goytisolo.» *Vuelta* Dic. 1997: 32-35.
- Goytisolo, Juan. *Cuaderno de Sarajevo: anotaciones de un viaje a la barbarie*. Madrid: El País/ Aguilar, 1993.
- . *El bosque de las letras*. Barcelona: Alfaguara, 1995.
- . *El sitio de los sitios*. 1ª ed. Madrid: Grupo Santillana Ediciones; Alfaguara. 1996.
- Goytisolo, Juan y Günter Grass. *Diálogo sobre la desmemoria, los tabúes y el olvido: dos escritores comprometidos conversan sobre la función del intelectual en la sociedad contemporánea*. Barcelona: Galaxia Gutemberg, 1999.
- Hierro, Manuel. «La memoria sitiada de Juan Goytisolo en El sitio de los sitios.» *Antípodas: Journal of Hispanic Studies of the University of Auckland* 8-9 (1996-7): 144-154.
- Ljubisic, Davorka. *A Politics of Sorrow: The Disintegration of Yugoslavia*. Montréal: Black Rose Books, 2004.
- Loureiro, Ángel. *Ethics of Autobiography. Replacing the Subject in Modern Spain*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2000.
- Monegal, Antonio. «Aporias of the War Story.» *Spanish Cultural Studies* 3.1 (2002): 29-41.
- Moreiras Menor, Cristina. *Cultura Herida. Literatura y cine en la España democrática*. Madrid: Ediciones Libertarias, 2002.

- Pick, Daniel. *War Machine: The Rationalisation of Slaughter in the Modern Age*. New Haven: Yale University Press, 1993.
- Renan, Ernest. «What is a Nation?» *Nation and Narration*. Ed. Homi Bhabha. London: Routledge, 1990.
- Ribeiro de Menezes, Alison. «The Author as Voyeur: Paisajes después de la batalla, La saga de los Marx, and El sitio de los sitios.» *Juan Goytisolo: The Author as Dissident*. New York; Suffolk: Tamesis, 2005. 117-141.
- Roberts, Adam. «Communal Conflict as a Challenge to International Organization.» *International Perspectives on the Yugoslavian Conflict*. London: Macmillan, 1996. 176-206.
- Ruiz, Alberto Manuel y Manuel Ruiz. *Lector apud Goytisolo: las paradojas del texto herético, sobre El sitio de los sitios*. Alcalá de Guadaíra (Sevilla): Guadalmena, 1996.
- Useche, Óscar Iván. «El sitio de los sitios.» Columbia University. Online. Internet. 16 de enero de 2011. < www.columbia.edu/~oiu1/Spain/Sitiodelossitios.doc >.
- Villena, José María. *Españoles en los Balcanes: Misiones civiles y militares en la antigua Yugoslavia*. Madrid: La Catarata, 1998.
- Vinuesa Arturo. *El conflicto de los Balcanes y la seguridad común europea*. Madrid: Fundamentos, 2002.
- White, Hayden. *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*. Baltimore; London: The Johns Hopkins University Press, 1978.
- Žižek, Slavoj. *The Metastases of Enjoyment. Six Essays on Woman and Causality*. London: Verso, 1994.